FRAY GERUNDIO

Y SU LEGO

Tirabeque.

CAPILLADA TERCERA.=POR MILAGRO.

Suplemento al Constitucional.

De hoy mas, Pelegrin mio, es menester estar muy en aviso, porque al menor descuido, nos pueden echar una multa que importe una vida entera de afanes y de ahorros. Vete con cuidado en lo que digas, pues ya ves las noticias que se van recibiendo de los paternales auspicios con que ha empezado en otras partes la nueva ley de imprenta. Si quieres te la leeré otra vez á fin de que la tengas no en el papel sino impresa en la memoria y te la sepas tan de corrido como el padre nuestro.

—Puede su paternidad ahorrarse semejante trabajo, que con las veces que me la ha leido, he formado yo mi composicion de lugar, y no hay miedo de que me resbale, á pesar de mi pata coja y de mis súbitos arranques de indinacion. A mi me ha sucedido lo que á aquel soldado con la ordenanza. Leiasela en cumplimiento de la misma el sargento de su compañia, y como al final de cada artículo de los diez ó doce leidos, se señalase la pena de ser los infractores pasados por las armas, dijo mi sargento; «con lo leido me basta para saber que vivimos de puro milagro.»

—Pues aplicate el cuento, buen Pelegrin.

—Es que me parece nos sucederá lo que á aquel otro que enseñaba su burro á no comer; que lo habria conseguido si no se le hubiese muerto cuando iba mas adelantado en las lecciones.

—¡Cómo ha de ser Tirabeque! Las cosas vienen asi y es preciso conformarse y encomendarse á las circunstancias. ¿Quién sabe? Tambien pudiera ser que nosotros fuéramos los que estuviésemos en el error, y que en efecto la imprenta necesitára la dureza con que se la trata. Eso lo dirá el tiempo, y sin ir muy lejos, ahi tienes al *Comercio* de Cádiz, que celebra la nueva ley. Ya verás como asi que pasen algunos meses nos dirán, que todos estamos contentos con lo hecho y que hemos entrado en el verdadero terreno, en el terreno propio y decoroso al periodismo....

—Oiga usted, mi amo: Iba un arriero caballero en su rocin para echarlo á pacer en el campo. El año era malísimo en yerbas, ni mas ni menos que el pasado, aunque no consta que el pan llegára á cinco

reales la hogaza. Caminando, caminando como iba, divisó sobre una tajada peña una buena mancha de la yerba que buscaba; pero era el caso, que no era posible que allá trepase el burro para pacerla. Idea aquí, idea allá; hasta que discurre echar una cuerda al pescuezo de la bestia, treparse él á la peña y subir á pulso al animal. Así lo verificó, y como el lazo era escurridizo, y el burro se ahorcase, y con la agonía enseñase los pelados dientes, decia desde arriba el arriero segun que iba tirando. «¡Ah tunante! mira como te ries con el harton que te vas á dar,» y tira que tira, hasta ponerlo sobre la peña muerto ya para siempre. Cuando el arriero lo vió, se quedó suspenso, y despues de un rato de meditacion profunda, lo único que le ocurrió, fué abrir los brazos al cielo, diciendo: ¡Ah Dios mio, es verdad que tambien mata el contento!!...

—Estás de cuentos, Tirabeque: déjate de ellos y cepíllame el sombrero que me viene á cuento ahora, pues me voy á la calle.

—Voy, señor: pero si digo cuentos es porque el tiempo es de cuento de cuentos *o do contos* para contados unos y para callados otros; ó si nó que lo cuenten los que les han contado los *contos do reis* á cuenta de multas, por si contaron ó dejaron de contar tal ó cual cuento en los periódicos. A este propósito contaré á usted otro cuento.

—No por Dios, Tirabeque; no mas cuentos. Dame el sombrero sin cepillar.

—Pues eso de irse sin cepillar tiene otro cuento....

—Mi sombrero; mi sombrero.

—No, pues lo que es un cuento, ha de hacerme usted el favor de oirlo.

—Como sea el último.

—El último, mi amo, no sea que cuente sin la huéspeda. Erase que se era el tiempo en que hablaban los animales como ahora hablan los hombres, y habia una zorra que hacia de las suyas con los pollos, gallos y gallinas de los corrales, por cuyas bardas saltaba como si no existieran; y como los demás animales.... no miento; no es así. Espere usted que me acuerde.... Erase que se era el tiempo en que hablaban las zorras como ahora dicen que hablan los animales....

—Pronto, el sombrero, Tirabeque. Si me impacientas por mas tiempo, alzo el baston y te hundo las costillas.

—Tome usted, mi amo. Es usted mas rigoroso que esa ley de imprenta de que murmura. Eso es lo que sucede á la mayor parte de los políticos, que hablan mucho de libertad y en contra de la tiranía, y luego en cuanto pueden son los menos liberales y los mas tiranos del mundo. Por eso sé yo lo que he de hacer en cuanto llegue el dia....

—¡Ola! ola! ¿Con que me amenazas?

—Líbreme Dios de tan mala tentacion. Ni por un ojo de la cara dejaria yo que á usted sobreviniera mal de ninguna naturaleza, porque para mí, pesarian mucho mas los favores que los agravios en el

caso de tenerlos, que no los tengo, antes por el contrario he recibido muchas mercedes de vuestra merced. No me confunda usted por Dios con esos que siendo todo lo que son por medio de la imprenta; ahora que no pueden esperar de ella sino censuras, no tienen dificultad alguna en que la pongan en un brete y la aniquilen.

—Eso es muy bueno, Pelegrin; y ratifico el aprecio que formado tengo de tu buen corazon y de tus buenas inclinaciones....

—El dia de que yo hablo es de aquel en que vuelva á mandar el partido progresista y con él, y á su cabeza, el duque de la Victoria; pues ya sabe usted mi coplita de

Espartero ha de venir,
Espartero ha de llegar.

Pues ese dia, en cuanto amanezca ese dia, ¿qué hago? Zas, me monto á caballo, en un caballo blanco, y anda que anda, me encampo en los Madriles, y ya en los Madriles, no paro hasta hablar de boca á boca con el mismísimo duque de la Victoria, y le digo muy cumplidamente. «Hermano Espartero ¡vamos á ver lo que ahora se hace, y no sea usted tan mamalon que lo vuelvan á engañar la tercera vez, porque ya seria la cosa muy pesada! No juzgue V. por su corazon el ageno, y si viene otro Don El ú otra Don Ella, con tiquismiquis, hágase V. el sordo, y firme que firme en su marcha que debe ser la siguiente: 1.° Dejar la misma ley de imprenta siquiera por diez años, para que la esperimenten los moderados, ya que es tan buena y tan blanda y tan bonita; y al primero que chiste, ¡zas! azotazo, y cuando se le pegue, se le dice; toma con tus mismas disciplinas!... Y entonces no se publicará otro hermano *Cobos*, ni tampoco las chanzonetas de este ni ninguna de las cosazas que escribian los moderados. Nada, disciplina y siempre cantando lo de: «toma, con tu propia disciplina.»

2.° Lo mismo en los ayuntamientos, y las diputaciones, y las córtes, y el senado, y la marina, y la guerra, y la gracia, y la justicia, y la hacienda, y el estado, y el fomento y las eleciones, y las demás cosas; y cuando chisten los moderados, disciplinazo que cante el misterio, y siempre cantando; toma que toma con tu propia disciplina.»

3.° Y en cuanto hablen, que hablen, dos moderados en la calle ó en el café, ó en el teatro, ó en la iglesia, se pone al pueblo en que tal suceda, y al distrito en que tal haya, y á la provincia en que tal se vea, en estado de sitio, y pasaporte por aquí, y destierro por allá y persecucion por acullá, y si alguien murmura, nada de blandura, disciplinazo seco y siempre cantando, «toma con tu propia disciplina.»

Y terminaría diciendo al duque: Si haces esto, bien venido seas, y si no, ya te lo dirán de misas, porque no basta ser bueno y llanote y amigo de que las cosas se hagan honradamente, sino que es preciso tener, aunque no sea mas que un poquito de agilibus para que no lo engañen á uno.» Esto diria al hermano Espartero desde mi caballo blanco, y luego me volveria por el propio camino por

donde habia ido y al llegar á casa me tenderia muy descansadamente, diciendo:

He salvado la patria.

—¡Que ensarta de disparates, Pelegrin! Estás dejado de la mano de Dios y es preciso tambien dejarte como á un loco. Pero lo que mas original me ha parecido es lo del caballo, y que sea blanco. ¡Qué diablos! ¿no podia ser de otro pelo?

—Los blancos son caballos de divisa, mi amo; y para que supieran todos por donde yo iba, porque al fin no era ningun contrato á cencerros tapados, lo quiero blanco.

—¿Piensas tú, Pelegrin, que aun en el caso de suceder lo que dices, se manejan las cosas tan fácilmente que un hombre representante de doctrinas determinadas, habia de emplear un sistema contrario á ellas, tan solo para conservarse en el poder? ¿Piensas que todo habia de andar tan á la pata á la llana, que en cuanto tú llegases á Madrid, no mas que te habian de escuchar, pendientes de tus lábios, para poner en práctica tus planes? Pues ahi es nada! Aunque Espartero viniera, que no vendrá, y tú fueras á la córte, que no irás, no pasaria de ser un puro disparate cuanto imaginas.

—En cuanto á si viene ó no viene, ya sabe usted mi opinion y en cuanto á lo demás no le digo palabra porque tengo presente lo del quinto, aquello de que vivimos de puro milagro.

—Pues calla y callemos, que puede que ya hayamos hablado por demás, y esta capillada sea recogida, porque te juro en verdad, amigo Tirabeque, que no conozco en este árbol de la situacion de la imprenta, cual es la fruta del bien ni cual lo del mal.

LA ZORRA.

Para que nadie juzgue hay retintin,
en el cuento que calla Pelegrin,
diré yo Fray Gerundio que él me ha dicho
que el cuento, mas que cuento, es un capricho.
Capricho que consiste en que la zorra
presa quedóse en lóbrega mazmorra,
siendo ella misma quien la trampa armó
para cojer á un pollo que pasó.
Entonces sus vecinos animales
dieron de regocijo mil señales,
diciendo al animal caza-gallinas;
«Toma tú, con tus propias disciplinas.»

Por la capillada y versos; *Francisco Sanchez del Arco.*

Editor responsable, don Francisco Sanchez del Arco.

CADIZ: 1857.—Imprenta del mismo, calle del Puerto, número 8.